

sar; á mí me lo han dicho, y lo repito porque creo que tiene gracia y que sirve para mi asunto como ejemplo de mucha fuerza.

Si no es verdad, retiro todo lo escrito, menos lo de que el Sr. Pando se mete en todas las comisiones del mundo y hace más ruido que perro con maza, y todavía no ha hecho una nuez en su vida.

Esto no lo retiro, porque lo sé yo sin necesidad de que me lo cuenten.

El D. Jesús siempre anda oliendo dónde guisan comisiones. Esto es una verdad adquirida definitivamente para la historia.

Y el acordarme yo de él, pura casualidad.

Pues bueno: este y otros ejemplos prueban que eso de escribir quien quiere, y sin más atractivo que el de trabajar de balde, hace imposible la crítica: la transforma en sección de anuncios ó en sección de anónimos.

Callen para siempre esos *Lectores*, y conténtese con leer... si saben.



NUMA ROUMESTAN

DE ALFONSO DAUDET

No es, en rigor, trabajo por completo ajeno á la crítica de la literatura nacional el que tiene por objeto examinar las obras importantes que publican los escritores franceses. La influencia de las letras francesas en las españolas es tan grande, que suele servir de tema á los académicos catecúmenos para probar su patriotismo literario protestando enérgicamente, y no sin algún galicismo, de este pernicioso influjo, que, según los seudoclásicos, nos trae, con la corrupción de las costumbres, la corrupción de las leyes, y otra porción de cosas podridas. Digan estos señores lo que quieran, la relación de intimidad entre las literaturas francesa y española obedece á causas invariables que la sociología, como ya empieza á decirse, puede explicar perfectamente. No es mi objeto hoy tratar este punto, sino decir únicamente que las producciones de los ingenios franceses contemporáneos son un elemen-

to importante de nuestra vida literaria, por lo que influyen en el gusto y opinión de público y autores, y que, por consiguiente, examinando de tarde en tarde los libros más notables de Francia, no se hace más que apreciar uno de los datos que es preciso tener en cuenta al estudiar nuestra transformación literaria. El nunca bastante llorado Revilla había emprendido hace años, desde las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, la tarea de pasar revista á las obras extranjeras más dignas de atención; y si bien mi ánimo no es continuar aquel trabajo con mis pobres fuerzas, sí quiero llamar la atención de críticos más competentes, para que traten este aspecto de la literatura nacional: el de sus relaciones con las extrañas. Aquí suele dejarse esta materia á los corresponsales de los periódicos, y (dicho sea sin ofenderlos) ni estos señores son siempre literatos, ni escriben siempre en castellano, ni siempre se abstienen de copiar las censuras del *Figaro*, del *Voltaire*, de *Le Temps*, etc., etc.; y seguramente no es eso lo que se pide. Basta de prólogo.

Alfonso Daudet ocupa en la literatura francesa una posición que cualquier traductor de los que hoy ejercen, llamaría *desembarazada*; aunque algunos idealistas à *outrance* le tienen por naturalista, nadie le arroja los enormes peñascos de injuria y calumnia que caen á menudo sobre Zola y cuantos le siguen. Daudet tiene un público suyo, que no es una escuela, que es toda Francia, toda Europa, todo el mundo culto cuando es-

cribe obras como *El Nabab*, y cuando no, por lo menos una escogida parte del número total de lectores, la mejor y más sana sin duda. Si por naturalismo se ha de entender algo más amplio y comprensivo que lo que quieren sus enemigos declarados y algunos amigos imprudentes, algo y mucho de naturalista tiene Daudet, si bien se ve desde luego, en cualquiera de sus obras, que esta cuestión, en cuanto autor, no le preocupa, siendo su propósito exclusivo buscar resortes que muevan el alma del lector con el interés de lo bello, pero nunca mediante recursos de mala ley, ajenos al arte. Esta paz, esta calma, esta imparcialidad, acaso quitan á los libros de Daudet cierto valor que no suele mantenerse mucho tiempo en el mercado: el valor de ser libro de combate, de escándalo. Mas por otra parte, sabe Daudet dar á sus obras interés de actualidad, atrayendo á los lectores de todas las opiniones, de todos los bandos. Muchos idealistas jurados conozco que no han leído de Zola más que *L'Asonmoir*, y sin embargo le insultan sin miedo; pero esos mismos conocen perfectamente *Jack*, *Fromont jeune et Risler aîné*, *Le Nabab*, *Les Rois en exil*, etc., etc.; y es porque Daudet, aunque peca, no predica el pecado, no es un hereje contumaz. Yo no alabo ni censuro este alejamiento de la lucha ardiente; y no atribuyo á él la inferioridad que encuentro en el talento de este ilustre novelista, si le comparo con el talento de otros más discutidos ingenios. Me sucede con Daudet algo parecido á lo que me

sucedía con Ayala antes de que este gran poeta hubiera escrito *Consuelo*. Como el que más, admiraba yo el arte con que estaba compuesto *El tanto por ciento*, comedia de forma primorosa, delicada joya de la poesía sin duda; pero ni la idea, ni la intención, nada de lo que suele llamarse fondo, me admira en esta obra, hasta el punto de reputar á su autor príncipe de nuestro teatro. Mas Ayala escribió después *Consuelo*, y allí se reveló la profundidad de aquel ingenio soberano; y sea ó no contra la corriente, juro mil veces que esta comedia, y no otra, es la que señala el más alto vuelo de aquel poeta insigne. Daudet, que siempre acierta en el desempeño de sus propósitos artísticos, jamás ha pensado hasta ahora obra de tal importancia que pueda colocarle al nivel de los Balzac, de los Flaubert, de Zola mismo, aunque esto escandalice á muchos. Nunca hay en Daudet la profundidad, la grandeza de ideas que hacen reconocer al escritor de primer orden; su habilidad es suma; su prudencia, esta gran aspiración de los artistas, jamás le consiente perderse en lucubraciones para él imposibles; siempre trabaja en la tierra firme, y en lugares conocidos, y nadie haría mejor que él lo que él hace. Pero no cabe negar que otros escriben novelas de más importancia. Si fuera cierto que en el arte no valen comparaciones y que una obra, con ser perfecta en su género, vale tanto como otra cualquiera, las novelas de Daudet, algunas al menos, no tendrían nada por encima de ellas. Pero ese criterio, aun contra

las apariencias, es falso. Sólo la abstracción puede dividir de ese modo la realidad de la belleza, y negar sus grados en toda la extensión de sus manifestaciones. Un epigrama, aunque lo supongamos perfecto, vale menos, en la relación general que existe entre todo lo bello, vale menos que la *Comedia* del Dante, que *El ingenioso hidalgo*. Musset, en su género, es tan acabado poeta como Victor Hugo; y sin embargo, Victor Hugo es más grande poeta. Las tragedias de Racine, algunas son perfectas en su género, y nunca valdrá Racine lo que Sófocles. Por mucho interés que despierten las aventuras del pobre Jeanssoulet, el mejor *tipo* que hasta ahora ha presentado el autor de *Numa Roumestan*, nunca podrá compararse al *Nabab* con *Quasimodo* ni con *D. Quijote*; está, á su manera, tan vivo, tan correctamente pintado como los otros... pero es mucho menos hondo; su asunto, menos grande, menos importante.

Después de leer *Madame Bovary*, el espíritu queda por mucho tiempo impresionado; el pensamiento vuelve, sin querer, á meditar aquellas profundísimas cosas que dicen, sin decirlas, los extravíos de la infeliz provinciana y la muerte por amor de aquel prosaico médico. La vida de Gervasia, después de leer *L'Assommoir*, se convierte para el lector atento y de corazón, en una pesadilla; no, no son mero solaz del espíritu novelas de esta índole; el tiempo que se invierte en leerlas no lo echa la conciencia á la cuenta del tiempo

disipado; lo cuenta como horas de trabajo, de educación del espíritu. En toda alma que no se haya cerrado sistemáticamente á cal y canto á toda influencia nueva, dejan las obras de Balzac, de Flaubert, de Zola también, algo que hace época en la historia íntima del pensamiento; á menudo en la vida se nos ocurren comparaciones que se refieren á las ideas, á los caracteres de aquellas obras profundamente humanas. Pues bien; Daudet no diré que no ofrezca jamás ejemplo de cosa parecida, pero en tan importante respecto, está muy lejos de esos autores y de otros semejantes.

El fondo de los libros de Daudet, de los más leídos aquí en España, por ejemplo, *El Nabab*, *Los Reyes en el destierro*, es lo que llamaría Victor Hugo el primer viento del espíritu, el viento de la sátira. Pero, si valen comparaciones muy traídas y llevadas, su sátira no es la de Juvenal, no es la que inspira

«Ces haines vigoureuses
que doit donner le vice aux âmes vertueuses;»

sino parecida á la de Horacio, cuyo propósito más era entretener el tiempo contemplando los vicios ajenos, pintándolos y perdonándolos, que herir de muerte á una sociedad caduca. *El Nabab* y *Numa Roumestan* son el objeto de la sátira de Daudet, en uno y otro caso más política que de carácter íntimo; Daudet flagela aquí, pero no sin piedad, vicios que no nacen de la

perversión ni causan grandes estragos. *El Nabab*, que yo no he de analizar ahora, es el creyente del oro, el aventurero que quiere deslumbrar y vencer á París con la riqueza, y que recibe el castigo de su vanidad en la vanidad misma. *El Nabab* llega, como *Numa*, á la política, habla también en la Cámara de diputados; pero no tiene vocación de ministro, y su novela es más *privada que pública*. Pero *Roumestan* es la personificación de los políticos de oficio, y en éste la sátira, siempre alegre y bondadosa, de Daudet, es predominantemente política. Nada de profundidades psicológicas: análisis perfecto, eso sí, de vicios superficiales; más bien que de un carácter, de un temperamento. *Numa* lo dice, y tiene razón: ¡este maldito Mediodía! Lo que examina aquí Daudet, es el efecto del sol á tantos grados de latitud Norte. Está en su derecho, y más haciéndolo con el acierto con que lo hace. Se le ha permitido al naturalismo confesado analizar las relaciones fisiológicas determinadas por la herencia: ¿por qué no se le ha de permitir al naturalismo que contemporiza y no se confiesa, estudiar la relación del temperamento al clima? Si la belleza que puede nacer de la personalidad, bien discernida, bien sustantiva, pierde algo con este estudio, más físico que psicológico, no es culpa de la impericia, sino propósito deliberado del novelista, que cuenta con otros elementos para dar interés al libro, entre ellos la novedad del intento, aparte de lo dulce del canto.

Muchos idealistas han protestado ya hace tiempo contra la influencia fisiológica en la novela; ¡cuánto más vivas debieran ser sus protestas contra esta influencia etnológica que aparece tan poderosa en *Numa Roumestan!*

Yo no voy á referir á mis lectores el argumento de este libro; supongo que lo saben; pero además, el argumento es lo de menos: las peripecias de la acción son aquí pretexto para hacernos ver en sus diferentes fases el carácter de este provenzal, que con la facundia del mediodía va á conquistar por segunda vez la Galia, llegando á ser ministro de Instrucción Pública y Cultos. El análisis de este personaje tiene que ser somero, porque en *Numa* no hay más que superficie, y es precisamente la señal peculiar de este carácter, mejor diré otra vez, de este temperamento. El autor, para hacernos conocer bien á semejante hombre, no ha ideado aventuras de las que hagan salir á lo exterior profundidades psicológicas; *Numa* vive al día; es uno de tantos hombres irreflexivos que llegan á los altos puestos á pesar de faltarles grandes méritos, y acaso por esto mismo, pero que tienen en abundancia las cualidades que sirven para deslumbrar á las medianías; *Numa* es la encarnación del vulgo, es el *sermo vulgaris* hecho ministro: su discurso de Chambéry, serie de falsedades y lindezas, de tópicos y vulgaridades, le eleva á esa altura á que han llegado por discursos análogos muchos hombres de Francia y de otros países.

En nada conviene no pasar de los veinte grados de que habla Valera en *Pasarse de listo*, como en la política; en literatura, en filosofía, el hombre mediano no es nadie; en política, casi siempre es un hombre mediano el primero. Desde este punto de vista, la creación de *Numa Roumestan* asombra por lo verdadera y exacta y oportuna. Yo conozco á muchos exministros españoles que, si leen *Numa*, tendrán que ponerse colorados; parece que es uno cualquiera de ellos; admitido el tipo como tal representación de toda una clase de hombres por un lado, y por otro de una raza, nada más artístico que los medios que Daudet discurre para poner de relieve el temperamento que examina. El estudio directo es en esta novela el meridional encumbrado, el hombre palabra, que no sabe más que mentir, que no tiene la palabra como un medio, sino como un fin supremo, que piensa algo para poder hablar, que no habla porque tenga algo que decir. Pero indirectamente resulta en esta novela una sátira, muy discreta y de gran efecto, de las costumbres políticas. Poco insiste en esta relación el autor, y prefiere analizar la vida privada del hombre público; para ello deja casi siempre de tratar las escenas, indicadas por el asunto, del ministro enfrente del público, en la política, y nos cuenta sus relaciones con una cantante, sus falsedades, sus engaños en el hogar, sus promesas locas, contradictorias, nunca cumplidas, su prurito de mentir, y ofrecer, y olvidar.

Por desgracia, entre los episodios de la novela hay uno, el más largo, tanto que casi es una novela aparte, que no contribuye á la expresión del carácter de *Numa*, y es el episodio que en cada página aparece de los amores de Hortensia y Valmajour. Aparte de que hay mucho de inverosímil en aquella exaltación de la fantasía que toma Hortensia por amor, todo esto huelga, entorpece el desarrollo de la acción principal y hace que parezcan dos novelas aquellas aventuras tan desligadas y tan innecesarias la una para la otra.

Entre los personajes secundarios, aunque no hay ninguno que tenga personalidad de gran relieve, los hay muy bien trazados. Rosalía, el contraste demasiado acentuado de *Numa*, su esposo, está presentada con muy delicados y finos colores, sobre todo al final de la novela, que es, por cierto, de muy artística composición, y al par natural, interesante y más profundamente pensado que lo demás del libro.

Bompard es el compañero constante de *Numa*, como era Mompavon el amigo fiel y entrampado y pobre de Jeanssoulet en *El Nabab*. Mompavon, sin embargo, era superior á Bompard, por lo detenido del estudio y la verdad de los rasgos.

Lo mejor de esta obra está sin duda en lo primoroso de la labor, en la elegancia y discreción con que se pinta y se manejan los resortes del interés. Se ve, ante todo, al novelista que ya es maestro; huye Daudet las dificultades que pudieran traer sombras á sus cua-

dros, y para su meridional, todo calor, luz y superficie, escribe un libro donde hay mucha luz, no mucha profundidad, y sí mucha alegría. El autor no quiere entristecerse ni entristecernos: no se detiene mucho tiempo en la muerte de Hortensia; de aquella desgracia hace brotar la reconciliación de *Numa* y Rosalía, y en seguida vuelve á los tonos vivos y alegres, y termina con el hermoso capítulo del *Bautizo*, el mejor de la obra acaso, aunque también vale mucho el de *Año nuevo*.

No vale, ni con mucho, *Numa Roumestan* lo que *El Nabab*, que es el libro de Daudet á que más se parece; pero aún tiene mérito suficiente para ser leído con avidez por los amantes de la novela moderna.